

Hueso Húmero n.º 8  
Enero-marzo 1981

## POR QUE NO VIVO EN EL PERU

Son muchos los creadores y los intelectuales peruanos que han optado por vivir fuera del país. Como quiera que se les juzgue, es obvio que motivos para dejar el Perú proliferan tras cualquier comparación entre nuestro medio y lo que ofrecen otros, mejor equipados y más porosos al quehacer cultural. Pero suponer motivaciones dista mucho de conocer realmente las de quienes emigraron. Con el propósito de contribuir a juntar materiales útiles a una aproximación mejor a un problema que suele tratarse a la ligera, HUESO HÚMERO inicia aquí una indagación que habrá de continuar en números sucesivos.

Por qué no vino en el Perú

Febrero de 1981

"Nuevo Número" nº 8 Enero-Ago 1981

HUGO NEIRA

Para iniciar esta reflexión, arranco una página de mi agenda de viajes: "Octubre, 1980, última noche en Lima, antes de tomar el *charter*, bailo hasta el amanecer en la peña criolla de la señora Valentina, Avenida Iquitos". Horas más tarde, los formidables landós mulatos serán sustituidos por algo que difícilmente presenciarán los limeños de estos días: la exposición de pintura flamenca de los Brueghel, madre de la escuela cuzqueña, en Bruselas. Unas horas después, en París, y siempre en la ruta de retorno a la universidad de St. Etienne, visito el Centro Cultural Beaubourg: una panorámica de Dalí y otra de Picasso. Ya en Lyon, uso mi abono para escuchar



de cuerpo presente a Andrés Segovia. Hace solo 48 horas que he dejado el aeropuerto Jorge Chávez pero el *shock* de retorno es poderoso y así lo comento, por carta. Lima es el lugar de la afectividad, de la "amistosis" (¿no es cierto, Pancho Guerra, Mathy Caplansky, Mario Razzeto?), pero fiel a su leyenda de horrible, como urbe moderna es la desolación.

Hablaré, ahora, de mi actual trabajo. Soy profesor en una universidad francesa de provincias. La condición de profesor, más si es extranjero, es austera y humilde. Vivo modestísimamente. Pero el oficio de enseñar, pasados los furores de mayo de 1968, con alumnos puntuales, exigentes, serios, reservados, permite organizar el propio quehacer personal. Se trata, por lo demás, de una ocupación sin tensiones: ni aparezco como un mesías intelectual ni para sostenerme debo intervenir en las intrigas del claustro. Estabilidad, regularidad, libertad en el contenido de los cursos, y disponibilidad de tiempo: privilegios casi benedictinos para investigar, reflexionar, viajar.

Así, miembro de una "intelligentzia" que no osa decir su nombre, peregrino del saber —no del poder— sé que se nos convoca al retorno cada vez que se tiene entre manos un proceso de transformación social. Pero sé, también, que cuando aquel se detiene o fracasa, con una alegre irresponsabilidad, se nos olvida y silencia, y volvemos a desparramarnos por el mundo. Entre tanto, se acumulan sobre nuestras espaldas todos los malentendidos. Cada biografía del intelectual, el científico, el creador que parte, es, también, la de la ocasión perdida para el Perú. Algunos volvemos. Otros, hay que ir a buscarlos en los cementerios, como a Vallejo.

Regresemos a un aspecto de la encuesta: las carencias de la cultura peruana. Pienso en esto, cada vez que doy un paso en mi vida cotidiana, al escuchar simplemente la radio y la televisión de estos países, cuando recibo invitaciones para asistir a coloquios, seminarios y congresos que desde Lima me costarían una fortuna (¡si llego a enterarme!) cuando piso una librería, cuando consulto un *dossier* en un platórico centro de documentación de este lado del mundo, pienso siempre en Lima, con angustia, con furor: en nuestras universidades sin salas de lectura, en la devastada Biblioteca Nacional, en la miseria de la cartelera de cines. El exilio no es ninguna ganga. Europa, amenazada de crisis y de guerra, se crispa, se hace más difícil, pero sigue siendo, pese a todo, una vas-

ta máquina social productora de estímulos intelectuales y estéticos, adecuada a mi avidez.

Hablemos, no obstante, del retorno. Yo distingo tres niveles: el trabajo personal, la red institucional científica y universitaria, y el clima intelectual y artístico de una gran capital que multiplique las ocasiones de pensar. Quien vuelva, y me incluyo, puede hallar, mal que bien, los dos primeros escalones. No el tercero: Lima es un desierto cultural. Alfonso Reyes decía que la América Latina se había habituado a llegar con cien años de retardo al festín de la civilización. Nosotros nos estamos olvidando que ese festín existe. Asunto grave: sin lo que llamaría una "ecología espiritual" se angostan, a mi juicio, todos los esfuerzos individuales, por arduos que estos sean. Hay quienes, y me lo han dicho, creen y con la mejor intención, poder sustraerse a ese naufragio colectivo mediante la entrega apasionada a un oficio íntimo, creador. Lamentablemente olvidan que todo se articula, y que el empobrecimiento generalizado de los significados incide en las formas de expresión personal, orales o escritas. Y se derrumba todo el orden simbólico. Se habla (y se vive) como "Pepe del Salto" y "Pepe Lumpen".

Por último, no diría que hay exilio. Exiliado es un señor al que la policía pone en la frontera. Diría que hay diáspora: bella y dramática, esa expresión bíblica invoca la dispersión involuntaria que es nuestro caso, una especie de transversia del desierto, y también la persistencia en la adversidad; yo dejé el país en 1976, en la misma resaca de incompreensión que llevó a Carlos Delgado hasta Mozambique, a la melancolía y al cáncer. No se puede ser extranjero toda la vida. El éxodo nos transforma, nos enseña el amor para siempre de otras tierras, otras literaturas, otras aventuras colectivas. *Transtrado*: hombre de "identidad" propia y de "diferencias" enriquecedoras...

¿Europa-América Latina? El dilema persistirá. Las sociedades industriales son ordenadas pero mortalmente tristes. Las nuestras, vitales, pero destructivas, caóticas. El lugar ideal donde se abracen y no se enfrenten la inteligencia y la fiesta, no lo he hallado. No me obliguen, por eso, a elegir. He encontrado la más bella luz del mundo sobre Venecia y en el Cusco. Mozart reverbera en mi alma como en la de un alemán. Todo es de todos. Ser latinoamericano quizá sea esta manera gozosa de negar todos los provincialismos, el europeo

